

FERNANDO CONDE GUTIÉRREZ DEL ÁLAMO (2009). *Análisis sociológico del sistema de discursos*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 269 pp.

Dentro de la colección Cuadernos Metodológicos del CIS, se publica un texto del que primeramente debe decirse que, tanto por su forma —mayor volumen que el medio centenar de títulos restante— como por su contenido, tiende a ocupar un lugar diferencial en la misma. Destinado más a fundamentar el oficio de sociólogo, siguiendo la estela de *Más allá de la sociología* (Jesús Ibáñez) y de *La mirada cualitativa* (Luis Enrique Alonso), que a enseñar los rudimentos de una técnica de investigación social, sin que falten de la exposición. A defender un lugar en el campo sociológico, en el mercado sociológico.

Análisis sociológico del sistema de discursos es una ambiciosa obra de metodología. Ambiciosa porque la meta final es la presentación de una corriente de investigación cualitativa con la etiqueta de original. Habitados a refritos de pensamientos foráneos, bajo la excusa de su legítima divulgación, o meros recetarios de cómo usar tal o cual técnica de investigación, la apuesta de Fernando Conde es, al menos, atrevida.

El fundamento de esta buena nueva es primar estratégicamente los objetivos. Es decir, situarlos como justificación de la observación. Incluso como columna vertebral —y política— de la investigación, bajo un paraguas que se reclama pragmático. Como todos, pues ¡hay de aquél que diga que su aportación carece de este horizonte pragmático! Todo es pragmático. Todos somos pragmáticos. La cuestión es qué significa pragmático. Aquí: la obtención de los objetivos de la investigación. La intención está meridianaamente clara. Incluso parece contundente, aplastante. La realidad de los objetivos como realidad última de la investigación

social. Una realidad cuya aparente fría materialidad se deshace como helado en verano cuando se tiene en cuenta su construcción teórico-ideológica. Además de pragmáticos también hemos asumido algunas de las propuestas constructivistas. Intuyendo el autor este problema en su oferta, opone la existencia y utilización de modelos teóricos *ad hoc*. Así, la teoría que señala los objetivos es específica para la obtención de tales objetivos. A pesar de que, si tales modelos teóricos son teoría, difícilmente pueden ser *ad hoc*, dado el carácter generalizable de las teorías. Otra solución es colocar los objetivos por encima de la investigación social —incluyendo la teoría— como una realidad externa y determinante. Parece que es la que se toma. El potente inicio de la obra tiene su fundamento en tal concepción de los objetivos. Ello redundará en una clara exposición de, por ejemplo, los distintos tipos y niveles de análisis del discurso, así como de sus unidades de análisis. Entra por lo directo, sin quebras, ni más quebrantos, ni quebraderos de cabeza y marco, dejando a un lado las discusiones sobre las definiciones de discurso o sistema. Un acierto, pues dilataría una obra que se erige sobre la idea de llegar a los objetivos de la manera más recta.

En el directo camino emprendido, Conde salta con brío sobre la difusa definición de discurso. Sabemos, aunque sea de la mano de la peligrosa voluntad de las metáforas, qué es el contenido del análisis de contenido —el texto entre dos términos, inicial y final— pero ¿qué es un discurso? Se da por sabido o implícito en la forma de análisis. Cada forma de análisis conlleva una definición de lo que entiende por discurso, por lo que se vuelve a la intención primera, en la que los

objetivos marcan el tipo de análisis y técnicas. Basta con la constante referencia a la consideración del discurso como una práctica y los ejemplificantes apuntes que incrustan los resultados del análisis en las prácticas de los discursos analizados: análisis de los discursos sobre la entrada en la OTAN para adelantar el resultado del referéndum; de los discursos sobre la salud para apuntalar comportamientos saludables.

Aunque el análisis de discurso propuesto se establece con independencia de las técnicas concretas de producción empírica de las hablas de los observados, tal como se advierte al principio de la obra, la asimilación grupo de discusión-discurso-grupo social está presente en la descripción de los ejemplos de la segunda parte. Para potenciar la propuesta, habrían venido bien las referencias a investigaciones basadas en entrevistas o estudio de medios de comunicación. Sin embargo, el material es más que suficiente para mostrar —desde el principio y paso a paso— los rudimentos de la técnica analítica. Así, magnífica es la página 91, sobre el trabajo de objetivización del discurso que se produce con la transcripción, adquiriendo autonomía de los participantes individuales en la reunión, de su receptor (observador empírico) y de la situación concreta (escenario) de observación. Con la transcripción, se consigue el discurso de la posición social, liberado de su producción experimental. Se obtiene la *vida propia* del discurso, de la producción lingüística, de la que habla Conde.

Tras las transcripciones, siguiendo el orden del trabajo analítico, viene la lectura de las mismas. Una lectura con reglas. Indiscutible la necesidad de un orden, constituyéndose en metódico. Un orden de lectura que tiende a desaparecer en el apartado metodológico de los informes. De hecho, la observación de la observación requiere conocer ese orden de

lectura o de la primera observación.

Precisamente porque las posibilidades de lectura son amplias, se exige un orden, un deber ser de la lectura. El orden-para-el-análisis-de-discursos-empíricamente-producidos toma las siguientes características:

- a) Es intergrupual más que intragrupal. El grupo recupera su unidad, si es que alguna vez la perdió. A partir de tal unidad, viene la comparación entre unos y otros discursos-grupos.
- b) Es un orden interno o intrínseco a la lectura. Bucle por el que el orden de lectura deriva de la lectura (anotaciones), que dan las pistas a seguir.
- c) Ese orden interno se atraviesa con la estructura social que dio origen al diseño de los grupos: de edad, de clase social, de estilo de consumo, etc.
- d) Parte de la literalidad del texto. ¿Qué significa literalidad? Parece que, en principio, se prima la función referencial del lenguaje. Cuestión discutible cuando, como es frecuente en el habla cotidiana, se utilizan metáforas (¿cuál es la dimensión referencial de, por ejemplo, *¡este coche es la leche!* ¿la blanca literalidad láctea?). Además, al enfrentarse a la fragmentación del texto como vía inicial para abordar el análisis del discurso, se critica a sus partidarios porque tienden a «positivizar los significantes» (*sic*: cuando todo significante es positivo por definición), acentuando tal función referencial. Ello sin entrar en el debate sobre tal acusación, pues ¿puede acusarse a, por ejemplo, Barthes de positivista, cuando fragmenta un texto como hace en *S/Z*? Es más, el propio autor de *Análisis sociológico del sistema de discursos*

«*sos* toma como fuente al estructuralismo, incluso como enfoque opuesto a la fragmentación. La fragmentación barthesiana del discurso dista de ser sinónimo de construcción de «categorías sustanciales», pues puede ser otra manera de entroncar y encontrar los diálogos y estructuras simbólicas presentes, especialmente cuando la fragmentación toma como criterio la búsqueda de sentido. Sin contar con el peligro de tomar al texto como totalidad, que puede entenderse como hacer decir al texto lo que el observador quiere que diga, centrando el análisis en la búsqueda de huellas «positivas» convenientes, desechando las discordantes a partir de las primeras intuiciones (pág. 110). Quizá, para evitar tal peligro, la oposición a la fragmentación se ve traicionada con el uso de la misma en algún ejemplo (véase página 153 y siguientes).

- e) Distinguir entre expresión espontánea y expresión referida (por el moderador de las reuniones de grupo), con prioridad analítica para la primera.

De gran interés es el terceto formado por los apartados relativos a los estilos discursivos (capítulo 11), las posiciones discursivas (12) y las configuraciones narrativas (13). Primero y tercero implícitamente contienen la perspectiva bajtiniana. Las configuraciones narrativas se muestran como la carnalidad del discurso. Menor interés tiene el capítulo sobre las representaciones gráficas (14). Es comprensible la intención del autor de mostrar las posibilidades de formalización y síntesis del trabajo en la investigación cualitativa. En especial, desde la defensa de una visión tipológica; pero el capítulo queda reducido a visiones demasiado generales, lejos de los precedentes.

Paso a paso del análisis, hasta alcanzar el último capítulo, dedicado a la redacción del informe. Es una sucinta y jugosa reflexión sobre la inadecuación de los formatos de informe establecidos para dar cuenta del tipo de análisis que se propone.

¿En qué se fundamenta la novedad del *Análisis sociológico del sistema de discursos*? En primer lugar, la unidad de análisis es el *corpus* de textos de la investigación en su conjunto. La unidad está en la totalidad, en vez de ser producto de la segmentación o la totalidad ser suma de unidades. La unidad está y es previa a la unión de elementos, más o menos singulares, como textos, discursos, frases, etc. Unidad de la totalidad que parece configurarse *como un sistema*, siguiendo la máxima saussuriana. Un sistema que tiende a aparecer en el texto más como campo de fuerzas, en conflicto, que como campo de diferencias y distinciones.

Pronunciadamente, hay una concepción del discurso de encuadre estructuralista, subrayando el carácter derivado del mismo (el discurso estaría en los observadores y no en los observados, que sólo producen textos, siendo aquí significativo el ejemplo del estudio que busca los discursos de derecha e izquierda en distintas posiciones sociales: el discurso ya está conformado y la investigación se dirige a encontrar sus vestigios en la estructura social), y es colectivo o social, distanciándose de concepciones individualistas. La concepción posicional parece dominante; sin embargo, inmediatamente después, aparece el discurso vinculado a un actor, construido más en función de variables sociodemográficas que de posición en la estructura social, aun cuando esto queda abierto, como también queda la relación entre texto y discurso, que, por otro lado, puede considerarse la madre del cordero del análisis: ¿El texto queda como mero material ilustrativo del discurso del observador?

El concepto de sistema queda así diluido y, a la vez, redirigido al diálogo entre discursos, a la polifonía bajtiniana: hay sistema porque los discursos se deben a la existencia de otros discursos. A ello, tal vez habría que añadir, aunque quepa derivarlo más de la obra de Bajtin, la lucha y el conflicto entre discursos como fuerza vertebradora del sistema.

Creo que tal es el núcleo fundamental de la propuesta de Conde: el tipo de relación de discursos dentro del sistema. Es al mismo donde cabe dirigir algunas preguntas que, producto de la propia obra, queda sin completar su respuesta. ¿Qué es lo que diferencia un discurso de otro, cuando se reconoce la falta de coherencia de los mismos en el actual momento de las sociedades avanzadas? ¿Qué es un discurso subordinado? ¿Cómo puede establecerse la oposición discurso subordinado *versus* discurso supraordinado? ¿Cuáles son los rasgos de esta relación? En la obra, conducida a mostrar cómo se realiza el análisis, se excluyen tales detalles, posiblemente por ser demasiado técnicos, del detalle, o ser dependientes del específico estudio. Diferencia entre unos discursos y otros: entre discursos de enfermeros, médicos de atención primaria o médicos especialistas, por seguir uno de los ejemplos ofrecidos ¿Pero cómo se establece la jerarquía de manera interna al propio sistema de discursos, sin hacer determinante que los distintos grupos sociales ocupan posiciones distintas en la estructura social? Cuestiones que me parece importante desarrollar para consolidar la propuesta e, incluso, para fortalecer la ambición estratégica de buena parte de la investigación cualitativa.

El problema de trabajar con un concepto tan potente y atractivo como el de sistema de discursos es que las preguntas sobre su concreción se acumulan, siendo tal vez otro tipo de texto el pertinente para su más amplio desarrollo. Otros conceptos de similar potencia y requeri-

dos de una ulterior profundización son: orden discursivo, cristalización de discursos (¿tal vez cristalización del sistema de discursos?), fuerza del discurso, cadena argumental, cadena afectiva, análisis continuo o análisis de calidad. Especial es la que tiene el concepto de apropiación, por el que los grupos sociales se apropian de elementos discursivos nacidos de otras posiciones sociales (otros grupos, medios de comunicación, lo que proyecta a los medios con independencia de los grupos sociales) haciéndolo con otro sentido. Concepto que articula la perspectiva dialógica y crítica, así como la inserta en los estudios culturales y las referencias que ésta tiende a asumir (Foucault, Bourdieu, de Certeau, Gramsci), y que condensa el carácter conflictivo de todo discurso, de su inserción en un campo social entendido en continuo conflicto.

Excelente es la defensa del análisis de lo *obvio* de los discursos. Material sociológica y metodológicamente central en el análisis, su defensa se convierte en una manera de entender el oficio, que empieza cuestionándose la propia obviedad. La sociología como obvio oficio de lo obvio, con la reflexividad que ello implica. Espejo de la obviedad. El valor de los sociólogos y las sociólogas reside, como apunta Conde, en su capacidad para: «desvelar lo obvio, desmenuzarlo y ayudar, con dicho trabajo, a resituar, a reconfigurar el fenómeno que se está investigando» (pág. 50).

Finalidad de fundamentar un oficio en la que se incluyen los apartados que dibujan la relación entre lo manifiesto y lo latente del discurso, con la distancia crítica del análisis informático de discursos, lo objetivo y lo subjetivo, lo empírico y lo teórico, el análisis y la observación. Planteamientos fundamentales, de principio y fundamento, que adquieren un valor matriz. Por ello, es donde se echa en falta la discusión con algunas interesantes apor-

taciones realizadas al respecto, como las de Luhmann.

Detrás de esta obra hay mucho tiempo de exitoso trabajo, como se encarga de repetir. Es fruto de la experiencia. Se dibuja como la expresión de la experiencia. Diamante en bruto, que acentúa tal «brutalidad» por las diversas muestras de desprecio por los anclajes más académicos: obras referidas sin aparecer en la bibliografía, desaparición del lugar de publicación de algunos de los incluidos, confusión en las fechas de la bibliografía, ausencia de mención a las páginas de ubicación del fragmento incluido, referencia a puntos ya muy comunes en el campo enfocado (giro lingüístico, pluralismo metodológico) con voces de autoridad. Formalmente un tanto desabrida, explicable sólo como actitud. Una retórica «en bruto» para significar directo vínculo con la práctica, afamada por su rocosidad. Es la retórica del futbolista que se niega a hablar de tácticas, consciente que ese es el papel del entrenador, mientras que el suyo es jugar. Por ello, la mirada histórica —siempre tan académica— desentona, quedando fuera, salvo la pertinente reivindicación de una corriente española de investigación cualitativa. Hasta las citas bibliográficas aparecen como juego retórico en los informes de investigación que toman la forma de libro, mientras algunos ingenuos académicos sostienen que es el momento de diálogo con la teoría. Rechazo de los corsés académicos que permite alegrías, como la asimilación entre conceptos —indexabilidad etnometodológica y una especie de estructuralismo *ad hoc* (pág. 168)— o dejar de lado las originales tradiciones sociológicas en la construcción de tipologías. El valor de la práctica, sin confundir con el sentido práctico, se impone al valor del sistema ciencia. Teniendo en cuenta que la práctica mostrada se realiza en el mercado, es éste el que parece servir de fondo de legitimación: lo que expresa *Análisis socio-*

lógico del sistema de discursos está avalado por el sistema de mercado en cuanto lo ha asumido (lo ha pagado en sucesivas ocasiones). Hablando de *atractores semánticos* (15.3) y de estructuras, la obra puede leerse en el código *mi experiencia* (en el mercado) *versus* la carencia de experiencia concreta y empírica en la Universidad. Las veces en que se repite el sintagma: «según mi propia experiencia», junto a las constantes críticas a lo que se considera científico, y la situación de la propia Universidad como extremo, frente al otro extremo constituido por la empresa (pág. 153), parecen indicios consistentes, utilizando el léxico otorgado.

Análisis sociológico del sistema de discursos es una obra de metodología procedente de la investigación de mercado y que se dirige a la investigación de mercado. Algo que, con los tiempos que corren, constituye un plus de legitimación, pues ¿no se trata de impulsar toda la investigación social hacia el mercado? Ahora bien, situarse en el sistema de mercado tiene sus consecuencias, pues su lógica es distinta del sistema de la ciencia. El criterio configurador de aquél es la obtención de rendimientos, que los resultados de la investigación *sirvan*, sean útiles, aun cuando sean privadamente útiles. El observador del observador busca preferentemente el beneficio posible, lo que lleva a una actitud pragmática, donde vale lo que vive y sobrevive. Una lógica pragmáticamente posmoderna. Sin embargo, el sistema de la ciencia, incluso con sus incertidumbres, sigue rigiéndose por el criterio de verdad, como señala Luhmann. Tal vez el último refugio de un criterio tan fuerte, a pesar de su débil caminar en los últimos decenios. Lo que se propone en *Análisis sociológico del sistema de discursos* es fundamentalmente útil, basado en una experiencia que ha sobrevivido, y que descaradamente se aleja de los valores (y pesares) del sistema ciencia.

Un texto más metodológico que tecnológico, como muestra la sustanciosa acumulación de ejemplos. Por un lado, destinado a mostrar —incluso normativamente— el oficio de sociólogo, lo que *debe de hacerse*, por la vía de una rica ilustración ejemplar. Por otro lado, como texto tecnológico, además de la ilustración con constantes decisiones acertadas del observador, se echa en falta la muestra de errores —propios o ajenos— en el desarrollo del análisis de discursos. A nadie escapa la fuerza iluminadora —y divulgativa— que tienen los errores o, al menos, la contemplación de varias alternativas, los atascos, las dudas en un momento del proceso de análisis o la reflexión sobre los propios errores. La brillante retórica normativa precisa de la experiencia de las

equivocaciones y los arrepentimientos, de esos instantes grises de la práctica cotidiana de investigación. La falta de referencia a errores es más sistemática cuando se trabaja a partir de las denominadas *conjeturas*. O se han ocultado los errores o las conjeturas son intuiciones impositivas, si siempre aciertan, si siempre son *buenas conjeturas*. Intuiciones impositivas mediadas, además, por la respuesta a los objetivos-usuarios de la investigación. Ni siquiera en la elaboración «micro» de hipótesis (páginas 60 y siguientes) se ejemplifican errores. Se muestran acciones dirigidas hacia un resultado exitoso. Cabe esperar que la línea de continuos éxitos se mantenga y se vierta en futuros textos.

Javier Callejo